

Una literatura al servicio de la imaginación y la memoria

Los escritores salvadoreños han sabido *leer* el signo principal de nuestros días: la lucha por la justicia, la democracia y la liberación nacional. Sus creaciones se han puesto al servicio de esta lucha conscientemente, más en unos que en otros, por supuesto. En su conjunto, la literatura salvadoreña actual ha puesto su mayor énfasis en el cambio social de las estructuras injustas. Vivimos un momento crucial en el cual los escritores debemos ser capaces de recoger críticamente, es decir, con *criterio*, una rica herencia literaria para incorporarla a esa tarea de *aportar con hechos culturales* a la victoria de las fuerzas del cambio social. Necesitamos una literatura al servicio de la imaginación y de la memoria nacional.

Al signo de la lucha contra la injusticia, los sectores dominantes han opuesto su propio signo: la represión de todas las formas de disensión política e ideológica. La matanza desencadenada desde finales de la década de 1970 ha cobrado entre sus víctimas a no pocos creadores y a muchos de ellos los forzó a salir del país para preservar su vida y así poder continuar con su creación artística. Nuestra generación artístico-literaria, la de la década de 1970, si bien ha sido muy sacrificada, no ha sido la única en sufrir la persecución. Desde hace dos décadas, la represión ha estado dispersando a los escritores y sus energías creadoras. Se nos ha impuesto una in-

terrupción en la abigarrada trenza de hilos de la continuidad creativa. Esto lo entiendo como la interrupción de las relaciones de trabajo necesarias entre los escritores y del intercambio sobre los problemas específicos del campo cultural y su correlación con la problemática del país. Esto nos ha obstaculizado la formulación de una estética, o al menos, de una base teórica consistente, que ilumine el propio esfuerzo de creación de las obras de arte en las condiciones reales de producción en condiciones de guerra. Nos ha desarticulado hasta hoy la posibilidad de actuar como un movimiento coherente y renovador.

Producto de esa dispersión y de cierto arrellamiento individual, nuestra literatura —y quizás debiéramos extender el juicio al campo de la música, del teatro y de las artes plásticas— *carece de un núcleo compacto* capaz de jalonar a las personas que consideran la literatura y al arte como el eje de su vida. La presencia de elementos prestigiosos no ha sido suficiente para configurar dicho núcleo, el cual debería irradiar un estímulo fraterno hacia los demás creadores y convertirse, a la vez, en un punto de referencia capaz de aportar a la solución de los problemas nacionales. De cara al pueblo, este núcleo tiene el deber de contribuir a su educación y a la toma de su autoconciencia política y cultural.

Nosotros proponemos promover la toma de

conciencia sobre la necesidad de "liderazgo" que, en tensión dialéctica, restablezca el puente entre el arte y la literatura de nuestros días con la herencia de los predecesores, en función de una nueva cultura para una sociedad nueva.

Antes hemos afirmado que en este hilo ha habido una "interrupción" porque mirando un poco atrás sí es posible apreciar la existencia de núcleos de obras y de pensamiento, los cuales dieron coherencia a los esfuerzos artísticos de su propio momento. Concretamente, nos estamos refiriendo a la prolífica generación que surgió alrededor de 1930, es decir, *la generación del 44*, integrada por el Grupo "Seis" y por la Asociación de Escritores Antifascistas. Todos ellos, cada uno en su propio contexto y unos más que otros, construyendo con sus propios medios o apoyándose en aparatos culturales institucionales (periódicos, editoriales, galerías, etc.), contribuyeron a la difusión de su pensamiento y a cimentar un tronco literario con amplias proyecciones democráticas y populares. Conviene destacar que, de acuerdo a sus propias condiciones, en medio de debates y propuestas creadoras, las generaciones literarias anteriores pudieron configurarse como una avanzada cultural de su momento. De esta forma, se ha venido abriendo paso, como fenómeno global, un robusto tronco de raíz popular, progresista, patriótica y revolucionaria.

Algunos intentos para interpretar la literatura nacional han achacado falta de imaginación a nuestros escritores mayores y de haberse sometido a los dictados de corrientes literarias foráneas más desarrolladas, reduciendo nuestras letras a un estéril ejercicio de mimetismo. Indudablemente, para hacer este tipo de juicios algo chuecos, los autores han tomado como patrón el desarrollo de otras literaturas..., lo cual no es reprochable, como tampoco debe serlo que, de acuerdo a las pautas creativas que los más lúcidos imponen en toda época, cada escritor emprenda con responsabilidad sus propias búsquedas y proponga sus hallazgos. En el caso salvadoreño, en medio de sus carencias, nuestra literatura ha venido configurando un perfil y un carácter esencialmente

progresista.

Esto último lo confirma la generación del 56, la cual se encuentra muy ligada a los escritores que surgieron pocos años antes bajo la denominación de "comprometidos." Los del 56 fueron capaces de generar una corriente responsable que ha influido decisivamente en quienes siguieron. Ellos pudieron aprovechar el apoyo material del aparato cultural de la Universidad de El Salvador y fueron los últimos en contar *en vivo* con ese "magisterio" de los mayores del cual venimos hablando. Con frecuencia se dice, y con razón, que esta generación fue una generación de "ruptura." Sin embargo, pocos como ellos se han esforzado por establecer los hilos para conducir su herencia literaria. Su "ruptura" es expresión de eso que se ha dado en llamar "la tradición de la ruptura" que empuja hacia nuevos peldaños de desarrollo histórico. Con un gran sentido profesional y con gran lucidez, esta generación ha aportado obras de enorme valor, particularmente en una poesía audaz y llena de imaginación, así como en la interpretación histórico-política del fenómeno social y cultural, rubricado con el testimonio de quien siempre tuvo mayor ascendencia sobre la juventud, el poeta y revolucionario Roque Dalton. Excepto éste, todos los demás están vivos. Sin embargo, por las razones apuntadas antes, sus contactos con las nuevas maras literarias son precarios. Roberto Cea es el único que ha permanecido en el país; los demás viven en el exterior desde hace unos veinte años.

A mediados de la década de 1970, nuestros creadores más desarrollados se encontraban perseguidos o en el extranjero, muertos o en paso de muerte. Los del 56, a su manera, ya habían "rematado" a varios. Salarrué y Claudia Lars fueron quienes mejor comprendieron la dialéctica de la vida y tendieron su mano a las nuevas generaciones. Pero en 1975, el periplo de los maestros llegó a su fin. En un ambiente enrarecido por la represión gubernamental, Cea (del 56) y Matilde Elena López (de la generación del 44) *sostuvieron la Peña*, como decimos los salvadoreños, pasando el relevo a los más jóvenes.

La represión masiva golpeó de lleno a los jóvenes, quienes en el huracán de la lucha social se han sumado a las filas de las organizaciones revolucionarias. Así se truncaron vidas como las de Jaime Suárez Quemain, Mauricio Vallejos y otros. Igual o peor suerte corrió el movimiento de músicos y teatreros. Otra vez, la dispersión se hizo necesaria para poder sobrevivir. Sin embargo, no todos los artistas se fueron a la diáspora. No pocos tomaron las armas, entre ellos estuvieron Rigoberto Góngora y Alfonso Hernández, ambos ya caídos. Muchos otros sobrenadan en la ciudad, en medio de la persecución y del terror, manteniendo viva la brasa de una poética comprometida. A todos ellos les cabe la satisfacción de aportar obras quizás apresuradas, pero de auténtica resistencia moral, participando en el más importante proyecto cultural de El Salvador, su liberación social. Afortunadamente fueron pocos quienes rehuyeron el bulto (dentro y fuera del país), entregados a reflexiones escépticas y disolventes.

Para toda esta generación en lucha al lado de su pueblo, ciertamente, los hilos de la herencia no están completamente rotos. Los libros de un hombre como Salarrué tienen vigencia porque, precisamente, su obra representa al campesino salvadoreño, el más explotado de los explotados. Nadie como él ha sido capaz de representar al trabajador del campo con esa dignidad ganada a fuerza de trabajo. El campesino emancipado y alfabetizado de mañana podrá reconocerse en la obra de Salarrué. Reconocerá en ella lo único rescatable de su pasado de opresión, su dignidad humana y su enorme reserva moral. Ellos, para quienes la historia nacional ha venido siendo una sucesión de infamias, podrán ver que no siempre las recónditas verdades del pueblo han sido ahogadas por la demagogia.

Al subrayar la falta de "magisterio" o "liderazgo," lo cual hemos hecho sin afán de perturbar, no queremos justificar con ello nuestras insuficiencias actuales. En el terreno de la creación la mayor parte del camino se hace a tientas y muy poco podría esperarse de escritores para quienes la

ascendencia de sus predecesores fuese tan determinante. Es asimismo plausible decir que si los escritores cualificados de nuestro país, con una increíble acumulación de conocimientos, se hubiesen sentido más unidos a las clases trabajadoras, la obra de liberación social hubiese hallado un terreno mucho más fértil. Sin embargo, es innegable que contamos con sensibilidades lúcidas, que no se escudaron en una supuesta autonomía del escritor para ponerse, ayer como hoy, del lado de quienes rigen los destinos más oscuros de la patria, representándolos. Negarlo sería negar lo mejor de nuestra herencia y pretender erigimos en los únicos poseedores de la verdad..., lo cual a estas alturas no sólo es decadente, sino también morboso.

Ciertamente, nuestros predecesores nos han dotado con obras auténticas, muy nuestras, las cuales tienen, como en cualquier literatura, aciertos y desaciertos. También es cierto que no pocas de esas obras han jugado su papel en la remoción de muchas conciencias. Muy difícilmente encontraremos un espíritu patriótico tan acendrado en todo nuestro siglo como el de las narraciones de Francisco Gavidia. *Cuentos de barro* de Salarrué es una obra tan contestataria como *Las historias prohibidas de Pulgarcito* de Roque Dalton. ¿Y acaso habrá quién ignore el significado del poema *Patria exacta* de Pipo Escobar Velado para miles y miles de luchadores de distintas generaciones, quienes lo declaman en sus eventos sindicales y quienes lo han copiado a mano para llevarlo junto a sus armas de combate? El desconocimiento de otras obras y de otros autores, su escasa proyección entre el pueblo, cuya inmensa mayoría es analfabeto y no demanda nuestra literatura, no debemos, por cierto, achacarlo sólo a los escritores.

Si algo hemos de reprocharnos es nuestra lentitud para establecer, en medio de la dispersión dominante, las *articulaciones* necesarias para superar dicha dispersión en el estado de cosas actual. Necesitamos configurar un núcleo que responda, por encima de los límites generacionales, a la exigencia histórica de interpretar y

elaborar un campo teórico riguroso de acuerdo con las condiciones de nuestra lucha. Si consideramos el desarrollo de nuestras letras sólo en términos de certámenes y publicaciones estaremos poniendo patas arriba la realidad de El Salvador. Debemos configurar una referencia capaz de dar su propia batalla desde la especificidad de la creación artístico-cultural así como también desde la lucha por la democracia, la solución política y el derecho del pueblo a la autodeterminación. Este proyecto debe ser respaldado por obras de arte que *revolucionen*, que incidan en sus lectores o espectadores, que los sensibilicen, que, en una palabra, desde todos los ángulos posibles, los humanicen, contribuyendo a enriquecer la imaginación y a preservar la memoria histórica de nuestro pueblo.

Por lo tanto, una de las mayores exigencias en este terreno es observar con verdadera atención las principales tendencias de nuestra literatura actual. Es algo facilitón responder fabricando registros interminables de posibles "direcciones," porque cada autor acaba representado la suya. En verdad, cualquier intento bien intencionado corre el riesgo de ser esquemático y de perderse en la maleza de la verborrea docente. Quizás debamos operar de modo inverso, tratando de encontrar primero la unidad del fenómeno: las letras salvadoreñas en su conjunto propenden a identificarse con los intereses mayoritarios y con las aspiraciones de paz con justicia social, democracia y liberación nacional.

En segundo lugar, es necesario partir de las realidades concretas en las cuales se producen las obras, es decir, en condiciones de una guerra civil que lleva diez años. Ello explica que la temática "guerra-paz" se haya convertido en el *asunto* principal de la mayoría de los trabajos conocidos. El amor, el odio, los diagnósticos, los pronósticos, la fe metafísica y cualquier otro tema se encuentra íntimamente relacionado con aquel otro asunto. Las obras poéticas, narrativas y testimoniales publicadas en la última década son expresión de una *memoria nacional*. Pero aquí, con el riesgo de ser simplistas, debemos establecer dos grandes



campos en los cuales gravitan las creaciones de la literatura contemporánea. Por un lado están las letras que ven con esperanza la resolución del conflicto a favor de los intereses populares. Por el otro, están las obras que para defender el estado de injusticia contaminan al pueblo con el escepticismo y el pesimismo.

Indudablemente, la literatura que necesitamos en la actualidad los salvadoreños es la que hace profesión de justicia. Aquella literatura constructiva y de una "real solidaridad en el pensamiento y de una efectiva cooperación en la obra social," tal como lo propuso Camilo Campos hace setenta años.

En este campo están haciéndose presentes unas letras que aspiran a modificar la visión que tienen algunos según la cual los revolucionarios

escriben para difundir consignas. Este grupito de escritores, en su testimonio, ha afirmado que el arte no es exclusividad de los empolvados gabinetes ni es profesión de vagos, que la espiritualidad desarmada no es capaz de resistir la violencia de quienes han venido reprimiéndolo. Estos escritores no reaccionan ante la opresión del medio con el síndrome de "ser especiales" y cuya aspiración es permanecer incólumes. Ante la crisis social, su primera exigencia es, y debe seguir siendo, la posición revolucionaria. En este sentido, su aporte, por modesto que sea al lado de quienes cuentan con mejores condiciones, está contribuyendo a concretar la victoria del progreso y de la justicia en El Salvador.

Su participación en la acción y en la gestación de una nueva cultura son un acto único. Esta participación se fundamenta en una experiencia no elaborada ni teorizada, sino simplemente vivida, la lucha por la nueva cultura está estrechamente ligada a una nueva manera de ver y vivir la realidad. Hace 45 años, Miguel Angel Espino, Salarrué mismo y otros autores de su generación, ante la insultante realidad social del país, se propusieron, a la manera de Gandhi, una "resistencia pasiva." *Hombres contra la muerte* de Espino, hasta ahora nuestra mejor novela, es, entre otras cosas, un alegato a favor de esta tesis.

Pero el periplo de "la resistencia pasiva" también llegó a su fin. Ese pensamiento no mostró su eficacia para resolver el estado de injusticia. Las causas estructurales de la guerra salvadoreña, lo que se ha llamado las raíces del conflicto, se hicieron verdaderamente insoportables para las grandes masas. Después de la derrota de la insurrección de 1932 y del fusilamiento de Farabundo Martí, Salarrué escribió que él era de los hombres capaces de *coger la rosa por el lado de las espinas*. La espiritualidad artística de los revolucionarios está haciendo suyo ese mismo pensamiento de la rosa; pero ahora la han tomado por el lado más duro. El riesgo es su propia vida y el dejar una obra cercenada en plena floración. Pero esta es su oportunidad.

Sería infantil proponer esta opción como la

única válida para aportar al cambio social desde la cultura. Sería tan infantil como quererla descalificar con el sambenito de ideología o propaganda. Aparte que, en la propaganda es necesario reconocer virtudes que ya quisiera nuestra poesía, pues en *el arte de la propaganda* los oprimidos despiertan a una nueva condición, es un arte que anima a los desanimados y que hace saltar coléricos e indignados a los *domines* del poder explotador.

Hay derecho para proponer estos hallazgos. El tiempo se encargará de recoger su carga ética y estética. Ciertamente, en estas letras siguen cobrando espacio el hombre y la mujer del pueblo. El trabajador siempre ha tenido espacio en nuestras letras, particularmente en las obras narrativas, aunque no siempre de la manera más feliz.

A diferencia de la literatura, en nuestras artes plásticas (la otra disciplina desarrollada en nuestro país) sólo una minoría ha metido en el lienzo la lucha social. Nuestras artes plásticas actuales no se han liberado de sus obligaciones ingratas de embellecer el entorno de los compradores. En el futuro, cuando volvamos la mirada a los lienzos de nuestros días, predominará la representación de un mundo de colores, formas y situaciones lleno de creatividad y belleza, pero ante el cual el pueblo se siente extraño. En nuestra plástica hay abundante imaginación, pero poca memoria. Romper ese círculo de papel moneda es uno de los desafíos que tiene ante sí la plástica más joven. No se pide a nuestros pintores achatar su campo imaginativo. No se les pide que representen *mejor* la pobreza y la indigencia. Se les pide que al igual que en la literatura experimenten con estilos y formas. Se les pide un esfuerzo para reconstruir un lenguaje y un campo estético lleno de espontaneidad y fantasía, pero ante el cual no se sientan extraños los más humildes.

Después de una década de guerra, la actividad artística y literaria tienen innumerables condicionantes. Debemos partir de este supuesto para no caer en el voluntarismo frustrante e inefectivo. El fin de la guerra, como inicio de resolución de

las causas que la originaron, irá desencadenando, un poco a tientas, las energías creadoras del pueblo y de sus artistas. Apurar la llegada de ese momento es un asunto ético. Debemos buscar iniciativas y articulaciones que vayan dando coherencia y unicidad a todo el quehacer cultural. De lo contrario, en el seno de una sociedad po-

larizada como la nuestra, la discusión estética llena de vacilaciones y contradicciones tendrá poco lugar.

Septiembre de 1989.

Miguel Huevo Mixco.

